



El “todo” de la Eucaristía

Sea tu canto sonoro, para alegría y decoro de la fiesta, que hoy celebramos el día de la Santa Eucaristía manifiesta. S. Tomás de Aquino escribió el poema *Lauda Sion* para la primera celebración universal del *Corpus Christi*, pero la estrofa citada se refiere exactamente al día de la institución de la mesa del Señor, en la que se nos ofrece su Cuerpo y su Sangre. En la tarde del Jueves Santo, inicio del triduo pascual, hacemos memoria, y al hacer memoria actualizamos y traemos al presente, el origen del sacramento eucarístico. El Jueves Santo es el día de la Santa Eucaristía manifiesta.

En los últimos diez años se ha vivido en la Iglesia un proceso providencial; se ha ido perfilando una conciencia cada vez más clara, pura, profunda, sobre la centralidad de la Eucaristía. Existe un registro objetivo de ese fenómeno: las orientaciones precisas del supremo magisterio eclesial, que marcan jalones espirituales y delinean una intención.

Juan Pablo II quiso que el Gran Jubileo de la Encarnación fuese vivido como un año intensamente eucarístico, para señalar que en el sacramento de su Cuerpo y Sangre, el Salvador encarnado en el seno de María hace veinte siglos continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina (*Tertio millennio adveniente*, 55). Hubo en Roma, ese año 2000 un Congreso Eucarístico Internacional, y el Papa fue a Jerusalén a celebrar en el Cenáculo, el lugar en el que Jesús instituyó el sacramento de su sacrificio y de su presencia permanente. Durante la preparación inmediata al Gran Jubileo, el gran Pontífice publicó una carta apostólica sobre el *Día del Señor*, invitando a redescubrir el corazón del domingo en la celebración eucarística. Su última encíclica, cuyo título –tomado de las primeras palabras del texto – dice *La Iglesia vive de la Eucaristía*, nos ofrece una enseñanza completa sobre el misterio de la fe en su relación con la vida de la Iglesia y de cada miembro; nos invita a la adoración ante el don inconmensurable de la entrega de Cristo en este sacramento.

Hay que recordar también un dato no menor –por el influjo que puede ejercer en la piedad de los fieles católicos- incluyó entre los misterios de la luz del Santo Rosario la institución de la Eucaristía. Otras disposiciones finales de ese inolvidable pontificado van en la misma dirección: Juan Pablo II estableció el Año de la Eucaristía: de octubre de 2004 a octubre de 2005; en su carta *Mane nobiscum, Domine* –el título reproduce la súplica de los discípulos de Emaús: ¡quédate con nosotros, Señor!–: habla de cómo celebrar, adorar y contemplar a Cristo en el misterio eucarístico. Por último, dispuso que el tema a estudiar en la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos fuera: la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y misión de la Iglesia. Esta reunión fue presidida por Benito XVI, quien nos acaba de presentar los resultados en una preciosa elaboración teológica y pastoral, su exhortación apostólica *El sacramento de la caridad*. Estos documentos del magisterio de la Iglesia están a nuestra disposición, en librerías o Internet, para que alimentemos nuestro conocimiento de la fe. Basta seguir por televisión alguna de las celebraciones eucarísticas presididas por nuestro actual pontífice para percibir cómo este hombre de Dios, que es un eximio liturgo, nos inculca la veneración y el amor a Cristo que, bajo los velos del sacramento, actualiza el sacrificio de la redención.

¿Cuál es la razón, cuál el sentido de este desarrollo verificado en la doctrina y en la praxis de la Iglesia? Parece expresar que la Eucaristía implica cierta referencia a una totalidad. Que ella tiene que ver con todo en la vida del cristiano y en la vida de la Iglesia. Santo Tomás explicaba que consagrar la Eucaristía es obrar la totalidad, *operari totum*, porque este sacramento realiza plenamente el misterio del Cristo total, ya que su gracia propia es plasmar la unidad del Cuerpo místico. Hay que notar que antiguamente *cuerpo místico* designaba tanto al misterio de la Iglesia, cuerpo de Cristo, como al misterio del cuerpo eucarístico de Jesús, oculto bajo las apariencias del pan y del vino.

Nos hacemos cristianos en virtud de un triple rito: Bautismo, Confirmación, Eucaristía; este conjunto o complejo sacramental se llama *Iniciación*; aunque se celebre desglosada en el tiempo, la iniciación tiene una estructura unitaria y un dinamismo que culmina en la Eucaristía. La participación asidua en la misa y en la comunión hacen de la vida del cristiano una permanente Eucaristía, para

alabanza de la gloria de Dios, mediante las obras del amor. San Pablo les escribía a los Colosenses: *vivan en la acción de gracias*, es decir, *sean eucarísticos* (Col. 3, 15).

Se manifiesta también en la Eucaristía una totalidad que abarca las edades: pasado, presente y futuro. En una bella antifona litúrgica decimos: *¡oh, sagrado banquete en el que Cristo es nuestro alimento!: celebramos el memorial de su pasión, nuestro espíritu se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura*. En la celebración eucarística se hace presente el acontecimiento de la redención, el único sacrificio de la cruz ocurrido históricamente en el Calvario; la comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor nos santifica difundiendo en nosotros las energías del Espíritu Santo y nos introduce progresivamente en el trato y amistad personal con Jesús; pero el sacramento se constituye asimismo, para nosotros, en la seguridad que Dios nos ofrece de alcanzar la gloria. Eso significa *anticipo de la gloria futura*: señal, prueba, testimonio, la seguridad objetiva de la esperanza, el anticipo del cielo. El pasado y el futuro en el presente de la Misa y la Comunión.

El camino de cada cristiano en el mundo y la peregrinación de la Iglesia toda tienen un rumbo, se dirigen hacia el cielo; allí está nuestra ciudadanía, afirma el Apóstol (Fil. 3, 20), hacia allí ha de tender nuestro ardiente deseo, encendido por la gracia eucarística. La intimidad eucarística con Cristo –y esto lo han experimentado bien los santos – permite al cristiano barruntar qué puede ser el cielo. *Lo que ni ojo alguno vio, ni oído oyó, ni entró jamás en el corazón de un hombre, aquello que Dios preparó para los que lo aman* (1 Cor. 2, 9) Así se expresa el apóstol Pablo para encarecer lo inaudito, lo inconcebible de la gloria futura, pero en la misma carta a los Corintios supera aquella fórmula negativa y dice que entonces *Dios será todo en todos* (ib. 15, 28). Ahora bien, el “todo” de la Eucaristía nos inicia, de modo más secreto que manifiesto, en la totalidad de la gloria; en las almas eucarísticas cultiva, con dolor y gozo, la nostalgia del cielo.

Ya que estamos empleando esta categoría de totalidad, digamos que el sacramento del altar es la fuente de la totalidad del amor, porque en él Cristo sigue amando a los suyos hasta el fin, hasta el extremo de su entrega total. Cuando llamamos a la Eucaristía sacramento de la caridad hacemos referencia a esa entrega de Cristo como principio y causa del amor de los cristianos. Por la gracia eucarística, como don y exigencia, el *agápe*, la caridad –este es el nombre específico e inconfundible del amor cristiano– no puede quedar reducido a gestos aislados, esporádicos, sino que se torna talante del discípulo de Cristo: voluntad, deseo, gusto, modo de obrar, personalidad. En el himno paulino sobre la preeminencia del amor se enumeran sus cualidades, dotes o especies: paciencia, diligencia en el servicio, generosidad, humildad, modestia, nobleza, desinterés, serenidad, capacidad de perdón, alegría en la verdad y en el bien (cf. 1 Cor. 13, 4-6). El amor verdadero asoma en la cordialidad, en la bondad del trato con todos, y tiene su contrafuerte en una recia fortaleza de ánimo, en la grandeza de corazón que hace posible afrontar el desgaste cotidiano que se da en el testimonio de vida, y si es preciso en la persecución y el martirio.

Las raíces eucarísticas del amor valen para alimentar la vida de todos los fieles, pero podemos pensar que son los jóvenes quienes tienen más urgencia de definir su identidad como cristianos en la comunión sacramental con Cristo. Sólo el amor eucarístico los podrá liberar de ese engaño diabólico que suele presentarse con el rótulo prestigioso de “cultura joven”: descuido, abominación de la disciplina y del esfuerzo, autonomía anárquica de sentimientos e impulsos, inconstancia patológica, exaltación del egoísmo, culto fetichista de la diversión. El amor eucarístico induce al joven cristiano a remitirse sin cesar a la realidad, a la verdad de su condición juvenil. El apóstol Juan, aludiendo al mandamiento nuevo del amor promulgado por Jesús como testamento suyo, les decía a los jóvenes de su tiempo –y de todos los tiempos – *Jóvenes, les he escrito porque son fuertes, y la palabra de Dios permanece en ustedes, y ustedes han vencido al Maligno*. Y los exhortaba: *no amen al mundo ni las cosas mundanas* (1 Juan. 2, 14 s.).

Es el amor eucarístico de Cristo, reconocido, aceptado, vivido, el que da la victoria sobre el pecado, conduce a la santidad, despierta la vocación al servicio eclesial en las múltiples formas de apostolado y de la asistencia a los hermanos que sufren. Esa es también la fuente de la vocación sacerdotal para ponerse al servicio del Cuerpo Místico, de la Eucaristía y del Pueblo de Dios. En esta tarde de Cenáculo pidámosle al Señor que llame con esa vocación a muchos de los jóvenes que lo reciben en comunión y se nutren de su amor eucarístico; que les conceda la gracia de pronunciar un sí generoso, la gracia de una decisión libérrima para ponerse a su disposición como lo hicieron los apóstoles.

El sacerdocio católico es, fundamentalmente, para la Eucaristía; nacieron juntos, Eucaristía y sacerdocio, en la última cena. Tomás de Aquino canta en el himno *Sacris solemniis* hablando de aquella institución establecida en el Cenáculo: *Así instituido fue el Sacrificio, que a los presbíteros toca en oficio a fin de que obren en beneficio de ellos y sus hermanos*. Es el mismo Cristo, Pontífice de la alianza nueva y eterna, quien elige a algunos hombres –a jóvenes limpios y valientes – para hacerlos partícipes de su sacerdocio ministerial mediante la imposición de manos, a fin de que renueven en su nombre el sacrificio de la redención humana, preparen a los hijos de Dios el banquete pascual, guíen en la caridad al pueblo santo, lo alimenten con la palabra divina y lo fortalezcan con los sacramentos (*Prefacio de la Misa Crismal*). Cristo elegirá a muchos de entre nuestros jóvenes, seguramente, si lo pedimos con fe viva, insistencia y la pura intención de extender su Reino y la alabanza de su gloria.

Jueves Santo, 5 de abril de 2007

Mons. Héctor Aguer, arzobispo de La Plata

ADORACION ANUAL a la SANTISIMA EUCARISTIA

El miércoles 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de María, es el día que nos toca adorar el Smo. Sacramento por el bien de toda la arquidiócesis de Buenos Aires. Expondremos el Bendito Sacramento a las 9 hs y seguiremos en adoración hasta las 19 hs, en que comenzará la Misa vespertina de la solemnidad de la Asunción. Esta Adoración ha sido para nosotros en estos años un momento espiritual fuerte que nos ha unido a Jesús y a María, con toda la Iglesia. Les rogamos se anoten en secretaría para las horas de 12 a 16 hs, en que la Iglesia permanece cerrada, para que quienes estén adentro, al salir, puedan abrir a los demás. Sugerimos que se anoten para una hora de Adoración.

14°. Aniversario de la inauguración de nuestra parroquia: 29 de agosto

El miércoles 29 de agosto se cumplen 14 años desde que el difunto Cardenal Antonio Quarracino (q.e.p.d.) bendijo e inauguró nuestra parroquia San Gabriel Arcángel de Villa Luro. Estaba presente en aquella oportunidad el actual Cardenal Jorge M. Bergoglio, entonces obispo auxiliar de la zona Flores.

Vamos a celebrar ese día, como acostumbramos cada día 29, con cinco Misas, seguidas de la Bendición a los enfermos emocionales y físicos (8, 10, 16, 18 y 20 hs).

Les recomendamos prepararse para el día 29, comenzado el lunes 20 el rezo de la Novena bíblica en honor del Arcángel San Gabriel.

Agradecimientos

- A la comunidad de la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe (Marysville, Michigan) y a su párroco, Padre Brian K. Cokonougher, agradecemos la donación de una hermosa Custodia para la exposición del Santísimo Sacramento en nuestra parroquia.
- A la sra. Theresa Weber, (Royal Oak, Michigan) agradecemos la donación de un bello cáliz que perteneció a su esposo D. Fabián Kolb Weber y que él mismo diseñó.
- A la sra. Verónica Malek (Mesa, Arizona) agradecemos el envío de muchos Rosarios realizados por la Cofradía de Nuestra Señora del Desierto de Arizona.
- A los sacerdotes Mons. Roberto M. Toledo, Juan Florindo Denis, Alejandro Seijo, y Jorge Munier, agradecemos su valiosa ayuda de los días 29 de cada mes.

Felicitación

Al P. Munier le deseamos muchas felicidades en la celebración de sus 50 años de sacerdote, cumplidos el 30 de julio pasado. La comunidad de San Gabriel Arcángel se une a su alegría y acción de gracias por tantos años de ministerio al servicio de Cristo y de su Iglesia.

Cántico Bautismal
(Cantar y Orar, n. 285)

Sobre una melodía popular bretona se ha hecho esta letra, resuelta con gran eficacia métrica. Para decirlo de una vez: no es un canto para el Sacramento del Bautismo, sino para toda ocasión en que se renueven promesas bautismales.

Todas las estrofas describen el proceso del Sacramento, aunque desde la perspectiva de quien, algo mayorcito ya, recrea y asume esos gestos realizados generalmente en la infancia y actuados por otros. La frase inicial nos lo advierte: "...cuando era pequeño aún dijeron por mí..."

El resto de las estrofas tiene el mismo paralelismo de contar un momento del Bautismo y de reflexionarlo hoy. Lo hace repitiendo siempre en el tercer verso lo dicho en el primero, pero mencionando en el cuarto la palabra "hoy" (salvo la última estrofa, escatológica) y reafirmando el gesto o subrayando su efecto actual. Es comprensible que tal desafío no siempre quede perfectamente resuelto.

Para mi gusto personal una frase como "el agua lavó mi ser" es poco afortunada, pero francamente no podría sugerir ninguna alternativa sin traicionar la métrica y la acentuación. Por eso encuentro a este canto en su conjunto muy meritorio.

El olvido en que ha caído responde quizá a que no acompaña ningún momento vivo de ninguna liturgia (salvo quizá una aspersion masiva de agua bautismal). Es simplemente un canto para cantarlo y meditarlo sin hacer nada; por lo cual, ocasiones tales como el Sacramento de la Confirmación con obispos y público deseosos de ceremonias breves lo excluyen.

Orlando Francisco Barbieri

Visiten nuestras páginas de Internet www.sangabriel.org.ar ,

www.fundaciondiakonia.org.ar

www.lavozdelperegrino.com.ar

Tomen nota del nuevo correo electrónico de la Fundación Diakonía: fdiakonia@gmail.com

INFORMACIONES UTILES

Templo abierto:Lun. a vier. de 8.30 a 12 y de 16 a 19 hs. – Sáb.: 10 a 12 y 16.30 a 19 hs. - Dgos de 9 a 13 hs.

Horarios de Misas: Dgos: 10 y 12 hs. - Lunes a jueves: 9 hs - Viernes: 10 hs - Sábados: 18 hs.-

Días 29 : 8, 10, 16, 18 y 20 hs. y bendición a los enfermos. Adoración: primeros viernes 19 a 20 hs.

Secretaría: lunes a viernes de 9 a 12 y de 16 a 19 hs.- Sáb. 10 a 12 hs – Reconciliación: Sáb. 16.30 a 17.30 hs

Nuestro sitio en la TAM: www.sangabriel.org.ar–

Parroquia declarada "Institución ilustre" de la ciudad de Buenos Aires.

Recuerden en sus testamentos y legados a "Parroquia S. Gabriel Arcángel de Villa Luro" y "Fundación Diakonía"..

Nuestra comunidad se mantiene mediante el sostenimiento de sus miembros por sobres mensuales. Ayúdenos.

Parroquia San Gabriel Arcángel de Villa Luro - Av. Rivadavia 9625 – C 1407 DZF Buenos Aires, Argentina

Párroco: Mons. Dr. Osvaldo D. Santagada -

Tel. (54)11.4635:1888 - www.sangabriel.org.ar – correo-e del párroco: siervodegabriel@yahoo.com.ar

Boletín gratuito: n. 7478 (12 de agosto de 2007)

Se permite el uso, con mención de la fuente: "Guía y Consejo" San Gabriel Arcángel.